

Byung-Chul Han, *La desaparición de los rituales*, Herder Editorial, 2020, 128 páginas. ISBN 9788425444005

Nicolás Martínez Sáez

Universidad Nacional de Mar del Plata

martinezsaeznicolas@gmail.com

El filósofo surcoreano Byung-Chul Han se ha convertido en un filósofo de moda, sin darle a esta categoría ningún significado peyorativo, sino todo lo contrario. Ha logrado establecer un código claro y profundo con el lector de nuestro tiempo, aquel que tiene inquietudes intelectuales y filosóficas pero que quizás no dispone de tiempo suficiente para demorarse leyendo *Fenomenología del espíritu* de Hegel o *Ser y tiempo* de Martin Heidegger. En la *Desaparición de los rituales* (Herder, 2020) Han vuelve a plantear, como en los ensayos anteriores, un diagnóstico de nuestro presente y aunque en su prefacio manifiesta no comprometerse con una perspectiva nostálgica respecto de la añoranza de los rituales, en la totalidad de sus capítulos posteriores, contradice esta primera afirmación.

Así pues, en el **capítulo primero**, Han advierte la carestía de símbolos que sufre el mundo de hoy donde los datos y las informaciones carecen de toda fuerza simbólica. De esta manera, los ritos, que son técnicas simbólicas de instalación de un hogar, que dan estabilidad a la existencia y que convierten el «estar en el mundo» en un «estar en casa», van desapareciendo. La obsesión consumista en que vivimos hace que no podamos demorarnos en algo y que las cosas nos «metan presión». Han resalta a la cortesía como aquel ritual que posibilita un bello trato entre personas que es la contracara del narcisismo que acompaña la desaparición de los símbolos y el rechazo a las formas objetivas donde quien se entrega a ellas tiende a olvidarse de sí mismo. La repetición es el rasgo esencial de los rituales que, a diferencia de la rutina, genera intensidad y hace que el tiempo se demore. Para Han, la repetición es todo lo opuesto a los dispositivos neoliberales tales como la autenticidad, la innovación o la creatividad que nos fuerzan permanentemente hacia lo nuevo. Así entonces, concluye este primer capítulo afirmando que la enfermedad de la depresión no se produce en una sociedad definida por rituales y sí en una sociedad que los ha perdido.

En el **capítulo segundo**, resalta que el culto a la autenticidad es un signo de decadencia social que muestra cómo el régimen neoliberal explota la moral. De esta manera, estamos todos en una actitud de vigilancia de los unos a los otros. En este capítulo se inicia un diálogo continuo con la obra de Johan Huizinga titulada *Homo ludens* (1938) con el que comparte

la idea de que, hasta el siglo XVIII, la sociedad estaba definida por formas rituales y lúdicas de interacción y donde el espacio público se asemejaba a un teatro. En el siglo XIX se descubre el trabajo y se desconfía del juego. Siguiendo al pie de la letra a Huizinga, Han proclama que en este siglo: «Europa se pone ropa de trabajo». Hoy, el espacio público se ha convertido en un mercado donde uno se desnuda y se exhibe. Así entonces, en nombre de la autenticidad se trata a la apariencia y a los rituales de innecesarios y superficiales. Han considera que, frente a este contexto, sería concebible un giro hacia lo ritual, que implicaría un re-encantamiento del mundo, en el que las formas volvieran a ser prioritarias ya que donde campa el narcisismo, lo lúdico desaparece de la cultura.

En el **capítulo tercero**, denuncia los excesos del discurso aperturista del neoliberalismo globalista pero también el discurso que pretende un cierre fundamentalista como el de los nacionalismos emergentes. Ambas formaciones culturales son incapaces de abrirse a lo foráneo y por lo tanto a lo ritual.

En el **capítulo cuarto**, Han encuentra, en las coordenadas del pensamiento judeocristiano, el fundamento para recuperar el vínculo estrecho entre la fiesta y la religión. Así, concluye que es el descanso sabático lo que hace que la Creación quede concluida. El reposo y el silencio que se pueden encontrar en un descanso, hoy no tienen cabida en la red digital donde todo es hiperactividad. Han advierte que reposo y trabajo son dos formas fundamentalmente distintas de la existencia y la utilidad del reposo es reponer fuerzas para volver a trabajar. Así entonces, el reposo no es una forma de existencia autónoma, sino un derivado del trabajo. La presión actual por producir perpetúa el trabajo que aísla e individualiza a los hombres en lugar de congregarlos y unirlos como ocurre en la fiesta. En esta última, el tiempo se detiene, la vida se convierte en juego y no hay ningún objetivo al que dirigirse. Han recupera la etimología griega de la palabra «escuela», *scholé* que significa ociosidad y advierte que en la Edad Media la universidad era cualquier cosa menos un centro de formación profesional. En cambio, las universidades actuales, convertidas en empresas, no cultivan las mentes sino que instruyen una formación considerada como medio y no como fin. Esta universidad moderna no necesita de rituales y el filósofo coreano propone, otra vez, que frente a la creciente presión por producir es una tarea política hacer un uso distinto de la vida, un uso lúdico.

En el **capítulo quinto**, el filósofo reflexiona sobre el juego como actividad soberana no sometida a ninguna necesidad, ni subordinada a ningún objetivo o utilidad. Retoma de Bataille la distinción entre dos tipos de juegos: el débil y el fuerte, el primero sometido y amoldado a los procesos productivos (¿gamificación?) y el segundo, incompatible con el

principio de trabajo y producción y caracterizado por su soberanía, es decir, por su autonomía. Para Han, todos nosotros somos trabajadores y hemos dejado de ser jugadores haciendo que el propio juego se degrade en una ocupación del tiempo libre.

En el **capítulo sexto**, Han analiza la época en la que el trabajo pasa a primer plano: la Modernidad. Con Hegel primero y con Marx después, la historia comienza por el trabajo. El hombre tiene historia porque trabaja y se convierte en el sujeto único de la historia. De esta manera, el fin del trabajo es el fin de la historia y una sociedad posthistórica no sería la derivada del *American way of life*, sino de una sociedad ritual venidera como la de Japón.

En el **capítulo séptimo**, el filósofo vuelve a cavilar sobre la capacidad de juego que se ha perdido frente a la presión por trabajar. Analiza el lenguaje que hablamos como aquel que cada vez seduce y encanta menos. La sociedad actual rechaza los significantes por ambiguos y superficiales y busca con ansias el significado unívoco. En cambio, son los rituales los que tienen un excedente de significantes pero el capitalismo se basa en una economía del deseo que debe ser satisfecho inmediatamente y que es incompatible con la demora de la sociedad ritual. El resultado es el desprecio de la cortesía por considerarla inauténtica.

En el **capítulo octavo y noveno**, Han regresa sobre la línea argumental de *Homo ludens* para describir, en primer lugar, cómo las guerras modernas han perdido el elemento lúdico de las guerras arcaicas caracterizadas por la simetría de fuerzas, por la prohibición de determinadas armas y los acuerdos sobre el tiempo y el lugar de la batalla. Así entonces, las guerras actuales carecen de carácter lúdico debido a que son batallas de producción. Ya los aviones de guerra impidieron el combate cara a cara y la situación se profundiza con la contemporánea introducción de drones que lleva la asimetría al extremo y la degradación del adversario en criminal. En segundo lugar, Han sigue a Huizinga al afirmar que, en las culturas arcaicas, la transmisión del saber asume formas lúdicas con los duelos de enigmas y la búsqueda del *arché*. Para los griegos, la filosofía es juego y competición. Sin embargo, con la Ilustración aumenta la desconfianza hacia el juego y Han afirma que Kant somete al juego al trabajo pero manteniendo una autonomía del sujeto cognoscente o trabajador que se ha dado en llamar giro antropológico. En cambio, en la actualidad, nos encontramos ante un nuevo cambio de paradigma, un giro dataísta, donde el hombre debe regirse y entregar su soberanía a los datos. Así entonces, el imperativo dataísta de transparencia no es una continuación de la Ilustración, sino su final. Tal como si estuviera continuando la tesis de Huizinga, Han afirma que, en el camino que va del mito al dataísmo, el pensar ha perdido por completo el elemento lúdico.

En el **capítulo décimo y último**, Han se resuelve a criticar la pornografía frente a los rituales de seducción, que también se van perdiendo. Así entonces, la primera viene a sentenciar el final de la seducción. Se pierde la capacidad de crear ilusiones y apariencias, la capacidad para el teatro, el juego y el espectáculo. El triunfo de la pornografía es el de la transparencia y autenticidad en detrimento del enigma y el misterio. Las ambigüedades y ambivalencias nos producen malestar y por eso apenas leemos poemas. Sin comprometerse con ejemplos, Han sostiene que la corrección política también desaprueba las ambigüedades del erotismo. Finalmente, resalta que el juego de la seducción, que requiere de mucho tiempo, se elimina hoy cada vez más en favor de la satisfacción inmediata del deseo sexual.

En resumen, la perspectiva de Han se inscribe dentro de lo que podríamos denominar un pesimismo cultural, que ha tenido sus orígenes a principios del siglo XX y como respuesta al auge de los totalitarismos políticos. La tesis que guía este pesimismo es la de siempre: la decadencia de la cultura occidental de raíces griegas. De esta perspectiva son portavoces no solamente Huizinga sino la Escuela de Frankfurt, quizás la voz más paradigmática de esta corriente. Han comparte, con todas ellas, la idea-fuerza de que algo está mal en la civilización en que vivimos y donde se han perdido los vínculos fuertes y profundos que generan comunidad en favor de otros livianos y superficiales que solo producen fragmentación. Si Huizinga y la Escuela de Frankfurt reaccionan a los totalitarismos políticos del siglo XX, a su turno, Han hace lo propio contra el totalitarismo del *Big data*. En el fondo de cualquier pesimismo cultural parece siempre respirarse aquel verso de Manrique que dice: «cualquier tiempo pasado fue mejor».